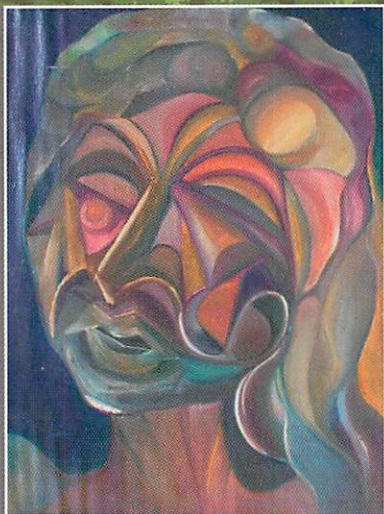


Mariano Lebrón Saviñón

Bajo la cruz del sueño



Serie Poesía

B
N



MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN

Ensayista, crítico, dramaturgo, poeta y médico pediatra dominicano. Nació el 3 de agosto de 1922 en la ciudad de Santo Domingo. Tenía apenas 21 años de edad cuando, en octubre de 1943, en el primer número de la revista *La Poesía Sorprendida*, órgano del grupo literario homónimo, aparece su poema "Tengo la soledad llorando": *Me cerca el porvenir que me arrebató/ y una alondra se queja en mis delirios/ y estoy de pie, serena y palpitante/ frente a tu corazón deshabitado.*

A él se le atribuye la expresión "Poesía Sorprendida" para designar a ese grupo que le ayudó a conformar con Franklin Mises Burgos, Antonio Fernández Spencer, Freddy Gastón Arce, Manuel Rueda, Aida Cartagena Portalatín, Manuel Valerio, Rafael Américo Henríquez, Manuel Llanes, el chileno Alberto Baeza Flores y Eugenio Fernández Granell, considerado éste como el último pintor español surrealista.

En la página editorial del tercer número de la citada revista (diciembre de 1943), diría: "El hombre vive divinizando sus miserias, sorprendido en su huraño rincón de indiferencia por el grito musical de un llamado imperioso, una voz desde el fondo de la sangre, un amor desde el fondo de su estrella. Sorprendido, desde el fondo de su inefable silencio, por la canción de alondras de su amor imposible, maravilla de luz en su sentir".

Bajo la cruz del sueño



SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

LIC. TONY RAFUL
Secretario de Estado

DR. ANDRÉS L. MATEO
Subsecretario de Estado (Patrimonio Cultural)

DR. DIÓGENES CÉSPEDES
Director General de la
Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña

Mariano Lebrón Saviñón

Bajo la cruz del sueño

Colección de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña
Santo Domingo, República Dominicana
2002

RD861.44
L453b

Lebrón Saviñón, Mariano

Bajo la cruz del sueño/ Mariano Lebrón Saviñón.
Santo Domingo, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez
Ureña, 2002

46 p.

ISBN 99934-31-19-2

(Colección Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña,
Volumen XIII, Serie Poesía No. 3)

I. Poesía dominicana.

II. Literatura dominicana

©Para la primera edición:
Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña y
Universidad APEC

Pintura de cubierta:
Arq. Rafael Estévez Weber

Diagramación, diseño de portada e impresión:
Editora Búho

ISBN 99934-31-19-2

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Índice

Crepúsculo	9
Y de nuevo el ayer	10
La palabra	12
La Catedral	14
Si tú me miras	16
Versos sáficos	17
Crepúsculo	18
Tiempo de morir	19
Trémolo	20
Tus ojos	21
Invierno en Boston	23
Aquí medito y pienso	25
Soneto	26
Soneto	27
Bajo la cruz del sueño	28
Poema	29
Semillas del recuerdo	30
En la fuente del ángel	31
Sueño del alba	32
Espejismo	33
Impresionismo	34
Plañidera	35

Nostalgia I	36
Nostalgia II	37
Nostalgia III.....	38
Un niño canta... ..	39
Invierno-primavera	40
Dolor de amor	41
Soledad	42
Lluvia en el corazón	43
A mi madre en su día	44
Un milagro del cielo... ..	45



Al hablar o escribir acerca de la poesía dominicana del siglo XX, Mariano Lebrón Saviñón y los demás miembros del grupo de la Poesía Sorprendida agotan, con él, casi ocho decenios de vida literaria.

Y justamente para conmemorar el octogésimo aniversario del nacimiento y festejar casi sesenta años consagrados a la poesía, se publica este poemario de Lebrón Saviñón, el cual viene a resultar una condensación de su práctica poética de una vida y, muy especialmente, del nicho temático de su concepción del amor romántico como deseo o no-consumación de la carne. Ver su poema “Un milagro de amor” y otros del mismo jaez.

Es extraño, o quizá tal vez una apreciación errada, que al ser don Mariano uno de los miembros fundadores de la Poesía Sorprendida haya perseverado tanto en una corriente que en su época, sobre todo con la deuda del surrealismo de Breton o Éluard, el amor al cual canta nuestro bardo se aproxime más a Bécquer o Heine que al de esos genios tutelares surrealistas que lo sometieron todo a un proceso de escarnio, burla, crítica o erosión.

Si observamos esa línea poética en los sorprendidos, quizá sea este —el amor— el único código que dejaron intacto. Existe una línea de continuidad entre los poemas amorosos de Freddy Gatón Arce, Antonio Fernández Spencer y don Mariano. Por ejemplo, Gatón Arce en los poemas amorosos de *Retiro hacia la luz*. No así con los de Franklin Mieses Burgos, muy escasos, o los de un Manuel Rueda culpabilizado. Y ya sabemos en qué consistía el amor para Aída Cartagena Portalatín, la cual rompió con Tristán e Isolda. Es con esta concepción del amor pasional instaurada por los trovadores que los poetas y lo teóricos de Occidente deben romper. De lo contrario seguirán trillando códigos gastados.

En este mismo orden, las preocupaciones de Rafael Américo Henríquez o un Manuel Llanes fueron, en su corta producción, de otra índole. Queda por determinar, en todo caso, con cuál poética del amor escribieron los sorprendidos, caso por caso, para no generalizar.

Sin embargo, en varias imágenes don Mariano recuperó algunas proezas lorquianas, pero siempre sujeto a un romanticismo que le llevó al cultivo —esa es una de sus consecuencias— de las palabras arcaicas. En este sentido, don Mariano es nuestro Saint-John Perse, ya que para ambos, pero estatuido por el primero, al ser la gente y las cosas del mundo puras criaturas de Dios, de ellas sólo queda hablar bien, como lo prueba el vate francés en su teoría y en su libro *Éloges*.

Y no se crea que don Mariano es sólo étimos arcaicos. Él sabe colocar con gracia, al lado, por ejemplo, de *mélica, cantil, grillar, gozque, esfumino, vilano, carámbano, solfatara, errátil* por fin correctamente utilizado en nuestra cultura de finales de siglo XX, así como otros vocablos antañones, un barbarismo como *ofertar*, cristianizado por la Real Academia Española en su *Diccionario*. En su poema “Trémolo”, dice don Mariano: *la mansa lluvia le oferta*. O en otro poema, nuestro vate asume el lenguaje popular, como en “De nuevo el ayer”, los merengues están hechos para que un Juan Luis Guerra les ponga la música como sólo él sabe hacerlo.

La Biblioteca Nacional se complace en publicar, con la venia del conjunto de instituciones que han patrocinado este homenaje a don Mariano, y sobre todo con el estímulo de la Universidad APEC bajo la rectoría de don Dennis Simó, este poemario que es la herencia de los románticos y románticas de nuestro país.

Diógenes Céspedes

DIRECTOR GENERAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Crepúsculo

Detenido ante el mundo y el agobio
en un lento crepúsculo y un sereno
grito impotente, ante tanto portento
y tanto mundo vario y deslumbrante
que no puedo volcar en mis palabras:
destellos, músicas, temblores,
briznas de soledades creadoras,
sueños que se congelan, y sollozos
que se hacen canción,
dioses,
destinos:
yo los veo pasar y me deslumbran
y no puedo verterlos
en trasiego de sueños
ni en ráfagas de luz.
Son inasibles
para esta limitada realidad
de mi conciencia.
Y sufro, y me estremezco
y quisiera colgar mi pobre pluma
del postrimer fulgor de mi esperanza
para siempre...
Jamás...
Mi soledad
mi soledad de amor y mi agonía:
¡mi agonía de amor!

Y de nuevo el ayer

MERENGUES

1-

“Con sed de amor no me mates

¡ay ombel!

Dolores mía,

Porque te puede pesar”

Salió la voz y se clavó en su pecho
como un puñal.

Y ella volvió, con sus ojos:

dos cisternitas sin agua
para llorar.

2-

“Cantarito de la fuente

que de tanto ir al río

se lo llevó la corriente.”

La niña llora de hastío:
en el verde de sus pasos
tiembla el corazón de frío.

La luna quiso caer.

Agua que no va a tu boca
déjala libre correr.

3-

*“No murió de calentura
ni de mala enfermedá
que él ha muerto com'un macho
con una espada clavá”*
Copla popular

Con una espada clavada
en el filo de la noche,
y en los labios la canción.

No fue, no, de calentura,
que en el río de su sangre
bebió trino el ruiseñor.

Cuando las altas estrellas
entre plata y entre sombras
iban en fuga a su alcor
se escuchaba
la canción.

“Cuchillito de hierro que a mi me mata
en el merengue ascendía
por un camino de plata
sonriente de melodía”.

Pero cuchillo era el cielo,
fuego de amor que torraba
cual la pluma del azor.

La ruta de la sorpresa
buscó el jifero del miedo
y estranguló la canción.

Y vino la puñalada
y le rompió el corazón.

La palabra

“En el principio fue el verbo”.

San Juan 1.1

La palabra cayó como una gracia celeste
de la boca de Dios, que estaba solo,
radiante de eternidad inaccesible
en el caos tremante del principio.
Y retembló en mil ecos extinguidos
cual palabras de infinito.
Y estaba solo
cual erguido atolón en el océano
vacío de rumores en esa soledad de cólera insensata.
Y rugió su furor, y, poderoso, su despecho de amor y de ternura...
Y fue su palabra, otra vez.
Y se cubrió la tierra de vituallas,
y verdes radiantes con destellos de luces.
Y la palabra gimió: fue su impotencia
de rugidos, maullidos y rumores,
de oleajes rompientes, croaídos,
grillares y zumbidos
y un alegre piar en los nidales.
Pero Dios no encontraba la palabra ni en la luz, ni en la carne
ni en las burlas de la onomatopeya.
Y la necesitaba
en la infinita soledad de su grandeza.

Otras voces celestes cayeron de su cielo.
"Hágase", dijo.
Y se hizo.
Pero nadie respondía a su mandato
con el sonoro resplandor del verbo.
Y se ensañó en el barro inmemorial,
la tierra roja.
Taumatargas, sus manos modelaban.
Era, en la eternidad, la tierra inerte
el germen silencioso de mi voz.
Poco a poco se modeló a sí mismo.
Y gritó en la penumbra de los tiempos: "Habla".
Y renació en mi voz.

La Catedral

Pétreo tejido, historia congelada
en la recia mudez de sus efigies,
cañamazo de perfil añejo en el canto y la cal
y en el pulido mármol de su lecho:
tiene ya siglos su perturbada vida silenciosa.
En tu ámbito lustral
de bordadas nervuras ojivales
en oleadas sonoras brota el mar melodías
en las flautas hieráticas del órgano
con vibrantes corales arpegiantes.
Y brota la oración desde sus yedras
de voraces zarcillos avarientos
en la inmutable pared, vetusta y noble.
Las raíces se asieron a las grietas
de su imperturbable soledad de piedra.

Catedral de la gloria:
nidales de cigüeñas
y arrullo tortolar y palominos
aletean y gimen por las caries
de tus ya centenarias oquedades.

Catedral sin agujas,
sin erguidos paréntesis de sueños
para la plenitud de su bacante.

Allí está orgullosa,
con el canto secular de su silencio

añorando el sepulcro que, callado, evoca
-nostálgico de amor y de ventura-
la portentosa doma de los mares.

¡Oh, Catedral del grito y la protesta
en pasión de verdad y amor de aromas!
Catedral de la luz y de la gloria
primada y señorial.

Si tú me miras

Si tú me miras, tu beso
me llega con tu mirada
y vierte su luz la luna
que borra la noche amarga:
pero es si tú me miras
con tu sonrisa lunada.

Cuando no me miras pierdo
la blanca leche lunar
y pierdo la sal que aspiro
con la fragancia del mar.

Mírame, niña dichosa,
con tu gracia virginal,
mírame y canta, dichosa,
con tu risa de cristal.

Versos sáficos

Amo y sufro el amor indomeñable
con amargura como un dios cualquiera
y busco consonarlo con tu vida
ardiente en llamas.

Busco tus verdes valles, las colinas
donde un sátiro iluso se restrega,
sueño una luz de ardientes vibraciones.
Sueño con Psiques.

Y sigo tras las huellas imborrables
como un sonámbulo extraviado frío.
Solariega aventura... Trémulo y solo
sigo tus pasos.

Crepúsculo

Gemido de la aurora.
Lágrima derramada al paso,
como una alondra,
como una estrella en el agua y en el árbol.

Gemido de la aurora:
madera del amor resquebrajada
que son mi juventud y mi fortuna
yacentes en el alma.

Y ese grito en el cauce de mi sangre
como un naufragio
y el gris que salta raudo hasta mis ojos
desencajados.

¿Qué soy yo? ¿Qué soy ya?
Llama en la línea
imponente y falaz del horizonte.
Llanto en la vida.

Ardor de luz, gemido de la aurora,
descarado fulgor.
Llanto en la enredadera del destino.
Agonía del amor.

Tiempo de morir

Bajo el dintel de la pasión de mi vida
agónica de amor y de esperanza.
Millonaria de ti llega al destino
el secreto letal, y es su misterio
desolación de luz. Y su cantiga
una voz en la sombra de los sueños.
Los sueños, sueños son. Y más que realidad
es el sueño que aviva el candil de la vida
que es resabio
del amor que se extingue en cada noche
como un monstruo que juega con la muerte.

Es tiempo de morir; de amor y eternidad,
morir viviendo en otra dimensión
que extinga el sueño
de este paso hacia la eternidad
que nos aguarda.

Hacia ti va mi luz, van los zarcillos
de mi empinada pervivencia
mi larga soledad,
mi soledad contigo y mis pavesas
y esta sed de distancias infinitas
y un camino de piedra y esperanza
hacia esa eternidad de tu regazo.

Trémolo

Sube a jardines la brisa
de terca tierra morena,
aurora de roja fruta
la mansa lluvia le oferta.
Por entre agujas de sol
en la tarde que se mece
el húmedo césped tierno
un iris de luz le ofrece.
Y cantan, entre el yerbaje,
una ronda los bichejos,
tremar de larga alegría
que inundan por el sendero
de flautas y jaramillos
el canto de los parleros.
Y repica un campanil
con voz de plata y de hierro.

Tus ojos

Soñaba con tus ojos...

Me miraban
tus ojos en la fuente;
yo en la fuente,
y entre los dos, el cielo.

A través de las aguas vi en tus ojos,
en el iris azul de los remansos,
el errátil fulgor, astral y altivo
-como diamante en río de tinieblas-
del trémulo fulgor de tus miradas.

Y temblaban los pinos y los sauces
en el milagro azul de sus reflejos.

Espejo de mi amor, y sus saudades
en mi dolido corazón tremante.
Rruiseñor de amor,
paloma mía,
carámbano de luna de mi abismo.
Rruiseñor de mi pena, amiga mía,
en la penumbra azul de mi nostalgia.

Rruiseñor de mi amor, paloma mía,
en la pétrea oquedad de los canteros.

Soñaba con tus ojos compasivos
como esperanza de mi noche austera.
Y en el cielo, tus ojos:

yo crearé otro cielo en la tiniebla
para que no naufraguen tus miradas,
otro cielo de amor y de ternura
en el hondón divino de mi alma.

Invierno en Boston

De mi estada familiar en Clinton

Como si fuera un árbol de agonía
quebró mi senectud sus veleidades
en las escarchas de la tarde fría.

Y me asombré de verte amanecida
en el secreto de la luz distante.
Y en ti busqué la vida de mi vida.

Y aprendí en el latido de la hora
que es vano lamentar y vano empeño
persistir en el sueño de la aurora;

que ya todo pasó y en otros mares
habré de amanecer con este invierno
y el inútil tremar de mis cantares...

Invierno en Boston y en la mar mis ríos.
Lloro ausencia de luz, alud de flores
y el necio surtidor de mis hastíos.

¡Oh, tú!
¡Oh, tú!
Sutil amanecer de primavera.

*

Juegan los niños:

cantan,
saltan,
en la nieve extensión de las rosedas.
Y son como las golondrinas sin su fuente,
como en la gloria, fría,
y en el viento...
cantan...
treman...
-vilanos blancos, copos volanderos-
Locura del blancor.

*

La nieve cubre el río
y el sol sus olas de ardoroso empeño
inútilmente su calor intenta
sobre la gelidez indómita del viento.
Tiembla la codorniz de pluma inerme,
vellón desesperado de inclemencia.
En Clinton sueño, en vano, con mis flores
nostálgico de amor.

*

Sobre la piel del lago, niños retozones
con gracia de turbión...
Yo sueño:
 mis ríos, mis amores,
mi gracia praderal de primavera
de cuando florecía el corazón; ¡quién lo dijera!
Sublimemente amada y generosa:
mi soledad de ti
 -de ti soñada-
¡Yo solo con mi amor!

Aquí medito y pienso

Aquí medito y pienso:
cuando el amor duele, se ama
con la misma ternura que en el huerto
la espina del rosal perfuma y hiere;
como en la sombra
la saeta de luz de una mirada
y como el beso
que le niega a la luz su llamarada.
Cuando el amor duele...
se ama.

Soneto

Te me vas diluyendo entre las venas,
entre las venas mías, rumorosas;
rumorosas con llanto de azucenas
y con lamentos de dolidas rosas.

Rosas de mansedumbre nazarenas,
(nazarenas y simples candorosas)
candorosas, también, porque van plenas...
Plenas de soledades tormentosas.

Tal es la plenitud de mis tormentos,
de mis tormentos ásperos de angustias,
de angustias que iluminan tu rencor,

tu rencor que en mis turbios sentimientos,
sentimientos son ya de flores mustias:
mustias como las flores de mi amor.

Soneto

Mi amor es como el mar, ancho y profundo,
y como el trepidar de la campana
del tiempo y del blancor de la mañana
y del vértigo eterno y errabundo:

se asoma al resplandor del moribundo
astro cruel que se hunde en la fontana
del triste atardecer, cada mañana
vuelve a ser con su luz dueño del mundo.

Quiere mi amor su luz darte radiante
en su dura corteza de diamante
doblegar el cristal de tus desvíos.

Sueño es mi amor: mi tiempo está vencido,
tibia mi luz lirial marcha al olvido.
Ya el tiempo del amor segó mis ríos.

Bajo la cruz del sueño

Ven a mi lado, hermosa,
labrada luna herida
por una luz de aurora que taladró mis huesos.

Ven a mi lado, triste;
estoy solo en la noche
con una tibia rama de angustia inenarrable,
con una nube densa hidrópica de sueños.
Ven, pobre amiga mía,
tibia flor de nostalgia que llora en la espesura.

Aquí estoy, en mi bosque,
te espero como un árbol
como un árbol dormido ya sin trinos.

Ven, eres mi recuerdo,
te espero, no me dejes,
ven presto, te lo ruego,
ven rauda, tengo miedo...
Miedo de eternidad y de mentira.

Poema

Barcos de velas revientan en la luna
y se extravían en el mar...
son recuerdos...

recuerdos que se escapan
y naufragan
en los necios cantiles del hondón.

Barcos de velas encendidos
en mis nostalgias de ilusorias lejanías de mar.

¡Mujer!

¡Oh, mi mentira marinera
cuyo velero me persigue encendido de luna...

Solo en la playa del cariño.

¡Caracola de amor!

Semillas del recuerdo

CANCIÓN TRISTE

Es esta hora azul de mis ternuras
el ocaso trivial de una ilusión.
Fui romántico y triste y casi huracán
pero acuné en mi alma una canción.

Jugué al amor y deshojé sus rosas
y jugué malabares a la suerte.
Hoy le pregunto al hombre y al misterio:
¿En dónde está mi muerte?

En la fuente del ángel

El sol amarillea los geranios
con luz de oro, y salen de los hilos
que saltan de la fuente cancionera
también oros del sol en blondos rizos.

El ángel del tazón salta hasta el césped
y acuna en su verdor amor de nidos.
Canta mi corazón junto a la fuente.
Rumor de alado y tierno palomino

y arrullo tortolar llenan la tarde.
Y piensa en ti mi voz con luz de trinos
cual yace tu recuerdo enamorado
entre trémulos cantos amarillos.

Sueño del alba

Tapiz del alba: la velada sombra
de tu cuerpo en el mar. Cantar de asombros
de ondaje y de rumor. Rumor de viento
de estrellas y pasión. Y de otro modo
dosel de luz con resplandor de auroras:
tus párvulos sonrojos.

Mi cuerpo allí y el tuyo, distendidos,
uno sólo los dos. Y yo, de hinojos
ante el silencio del espacio extenso:
la eternidad. Y en el celeste solo
pescador de luceros sumergidos
del amor en el fondo.

Y un temblor de eternas melodías
en el mundo del sueño y del arrobó.

Espejismo

En el confín del cielo había nubes
de coloridos fuegos
y bisontes extraños que arrojaban
fuegos, también, cambiantes, por los belfos;

aguas de solfataras engañosas
y un astro azul en el tendal inmenso
de brumas encendidas. Y una rosa
de alucinantes pétalos.

Estabas tú, borrosa, como estatua
que se diluye como al sol el hielo.
Y yo, perdido, lo miraba todo
desde el cristal errático de un sueño.

Impresionismo

Un punto de sol en la tarde.
Cataratas de sombras. La pupila
de un reflejo de cielo en el césped
las frescuras ingenuas ilumina.
Y yo, soñando con rumor de cielo
con un ayer que es mío todavía.

Plañidera

Se clavó tu puñal en mi pecho
que llevó la mano de una noche artera,
el puñal de tu grito profundo
como el alarido de una plañidera.

Fue ese grito tuyo de hondas resonancias
como la resaca de olas que golpean
los ventisquerales que yerguen sus filos
en la cumbre altiva de su fortaleza.

Y lo llevo clavado en el alma
ese grito tuyo, pobre plañidera,
que despierta resabios de amores
en el velo oscuro de la noche acerba.

Nostalgia I

Un rumor de esmeraldas en la malla
de la primera alondra
que acarició mi sueño, y un anhelo
en el espeso aliento de las sombras.

Triunfo de soledad: pálida niebla
en el cielo lejano de tu alcoba.

Nostalgia II

El candor de la rosa pone una nota
de dolor en las cosas, de temblor en el agua:
en el río de mi alma canta un fauno
que se enreda en los rayos de las auras.

Boga una barca austera, yerra un canto
y un puñal lo atraviesa, y se remansa
en el triste silencio de la alondra
y en el sueño romántico del alba.

Derrama sus semillas en el trino
el ruiseñor dormido de mi alma.
Y el sol calienta con rumor de besos
en esta barcarola que te llama.

Nostalgia III

Canta mágica voz, tu luz se quiebra
en un rumor de présagos dormidos
con blancura lunar, yace tu rostro
en el astral encanto de los lirios.

Mi impasible dolor dice tu nombre
mi anhelo de ilusiones sin sentido.
Sueño. Digo tus sueños temblorosos:
niebla de blondos cantos y de olvido.

Pero me queda un rastro de tu risa,
una sombra de místico delirio.
Me queda el esfumino de tu rostro:
nada... ya casi nada: paz, suspiros.

Un niño canta...

Un niño canta y dice alegres cosas
que deben ser muy bellas.
En su blancura encienden las rosas
y vibran las estrellas.

Su voz es alfiler de notas finas
en el azul misterio de su sueño,
viento suave entre grávidas encinas
y sombra bajo el surco de su ceño.

Canta: remota idealidad de duna
se remansa en el raso de la playa
que se blanquea con claror de luna
y en el misterio del amor se explaya.

Canta, pues de llorar llegará el día
cercano ya al desangrar la arteria
en que se quiebra toda melodía
con el crudo plañir de la miseria.

Canta, mírate en mí; no esperes nada
de tu dolor, encanto de tu suerte,
que al apagarse el sol de tu alborada
cantarán los heraldos de la muerte.

Invierno-primavera

La primavera canta con rumor de pasos,
de flores y de besos y de amor.
Canta un turpial tremante y en las sombras
del bosque, un ruiseñor.

Mentida nieve derrite su blancura
en el desfallecido corazón,
de quien te canta, invierno inesperado
desde la primavera del adiós.

Invierno y primavera: rosas blancas
como la niebla tiemblan en mi voz:
invierno de una vida que extingue
en una primavera que murió.

Dolor de amor

Desde la alegre primavera vienes,
llena de mí, henchida de mi alma
y me miras con ojos de luceros
que hacen fulgor de luz, guiño a tu alba.

Y yo te miro con mis ojos tristes
-tristes por ti- nostálgico de tu ansia.
Los años gimen en mis dedos mustios
y en mi frente de cáñamo bordada.

Y sé que amas mi voz de notas tiernas
que fue mélica luz de tu mañana.
Y estás en mí, en las sonrisas vivas
de otros seres que emergen de tu entraña.

Y nazco en la terneza de tu seno
como un niño que en ti quemó sus alas
y se pierde en la tierra para siempre
y en el mar de tu amor hundió sus anclas.

Soledad

El agua parda en el verdor moría
bajo la ausencia triste de la luna.
Un nenúfar de pena respondía
al doliente mecer de la laguna.

Nostalgia de rielar, los junquerales
se inclinan levemente. Grilla el bosque.
Noche sin luz ni magias nocturnales,
sólo el monótono ulular de un gozque.

Sombra en mi corazón, sombra en mi sueño,
tristeza vaga de un amor dormido.
Nostalgia por lo alegre y lo risueño.
Saudade por lo amado y lo vivido.

Lluvia en el corazón

Lluvia de la noche, caes
susurrante y gemebunda
como la sombra añorada
y lánguida de la bruma,
y sueñas con los cabellos
de la luna.

Cerrada, como la puerta
de los misterios, te abrumas
con esa melancolía

de la noche moribunda
que se tendió lentamente
dentro del agua, desnuda:

Lluvia de la madrugada
lenta, monótona, bruma
que, pálidamente, toca
los cimientos de la bruma.

Pena de mi corazón
que te tiembla bajo la lluvia.

A mi madre en su día

Madre:

en el claro sonido de este nombre
irradia Dios su música divina,
da su calor de eternidad al hombre
y luces de grandeza peregrina.

Tú eres amor, conjuro de ternezas,
de temblores divinos y de arrullo,
alientas de esperanzas mis tristezas:
no hay un amor tan grande como el tuyo.

Un milagro del cielo...

Un milagro del cielo

¿Y por qué no decirlo?

Si eres la miel del alma que se derrama pura.

Un milagro del mundo que ocupa tu mirada.

Un milagro de amor. Y la vida se yergue

desfalleciente ya, pero dormida

bajo el dulce arrebol de la saudade.

Soy desmayada una luz, una guitarra eterna

y el eco de sus quejas vestidas de esperanza

como el amor que siembra sus ásperas simientes

y se da en las canteras de las mañanas frescas.

Y renace en la dulce piedad de los remansos

que vienen desde lejos con sus miradas simples

como el rumor primero de la piedad del alma

que vence las espadas.

Yo soy esa guitarra que solloza en la noche

derramando quejumbres de amor en las saudades.

Y te busco, dormida, como el cielo en la noche,

dormida entre mis brazos lo mismo que un milagro.

Esta primera edición del libro,
Bajo la cruz del sueño
del escritor **Mariano Lebrón Saviñón**
se terminó de imprimir en en el mes de octubre del 2002
en los talleres gráficos de Editora Búho
Santo Domingo, República Dominicana.

Como bien señala el crítico Bruno Rosario Candelier, “este admirado humanista tiene un largo ejercicio en su haber intelectual en beneficio del desarrollo literario del país”, y a este hecho se debe que haya recibido numerosos y merecidos reconocimientos y galardones tanto dentro como fuera del país: Premio José Vasconcelos 1993 en México, Premio Nacional de Literatura 1999, Caonabo de Oro de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores y exaltado al Salón de los Grandes Maestros de la Medicina por la Academia Dominicana de Medicina. Como Miembro del Jurado del Premio Cervantes 1994, fue seleccionado para hablar en nombre del mismo en la entrega del galardón, en Madrid al escritor nacionalizado español Marino Vargas Llosa.

Es miembro distinguido de las siguientes entidades nacionales y extranjeras: Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, Academia Hondureña de la Lengua, Academia Norteamericana de la Lengua Española, Academia Puertorriqueña de Arte y Ciencia, Instituto de Cultura Hispánica, Sociedad Dominico-Japonesa, entre otras. Más de 2,000 estudios atesora este maestro de generaciones -informa el prologuista-, la inmensa mayoría inédita (...), y es esa la razón por la cual -lo que no resulta extraño- tanto en el país como el extranjero su figura sea solicitada para dictar conferencias. Este libro de poemas que publica la Biblioteca Nacional es parte del homenaje que se rinde a Don Mariano en ocasión de su octogésimo aniversario.

OBRAS PUBLICADAS:

Triálogos: poesía a tres voces (1943, en colaboración con Alberto Baeza Flores y Domingo Moreno Jimenes), *Infinitestética: Triálogos* (1947); *Cartas de un joven médico a un profano* (1950); *Algunos aspectos de la cultura judía* (1980), separata de la revista Aula, de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; *Nociones de puericultura* (1981); *Juan Pablo Duarte* (1982); *Historia de la cultura dominicana* (1982, 5 tomos); *Tiempo en la tierra* (1982); *Vuelta al ayer* (1997); *Santo Domingo en la vida de José Martí y otros ensayos* (2000); y ahora, *Bajo la luz del sueño* (2002). En 1944 dio a la luz pública, a través de la revista Cuadernos Dominicanos de Cultura, las obras de teatro Mirtha Primavera y Cuando el otoño riega las hojas.

...para conmemorar el octogésimo aniversario del nacimiento y festejar casi sesenta años consagrados a la poesía, se publica este poemario de Lebrón Saviñón, el cual viene a resultar una condensación de su práctica poética de una vida y, muy especialmente, del nicho temático de su concepción del amor romántico como deseo o no-consumación de la carne.

DIÓGENES CÉSPEDES

Colección Biblioteca Nacional
Pedro Henríquez Ureña



Auspiciado por:



ISBN 99934-31-19-2